

los trasportes de sus deseos, que para Dios valen más que las frases más elocuentes (1). Y, sobre todo, el Señor sabía muy bien que había en las riquezas de su misericordia con qué pagar y recompensar superabundantemente la generosa hospitalidad que le diese Zacheas (2).

Mas ¡oh divino Maestro!... ¿qué vais á hacer? podían decirle sus discípulos y sus amigos: ¿lo habéis pensado?... ¿No sabéis que ese Zacheas es un usurero, un grande pecador público? ¿Qué se dirá al veros sentado á la mesa de un hombre tan desacreditado, objeto de odio y de desprecio para todo el pueblo? ¿No oís cómo el pueblo murmura en alta voz? ¿No veis que vuestros mismos amigos están escandalizados?... (3).

¡Oh discípulos obcecados!... ¡oh pueblo estúpido!... exclama San Pedro Crisólogo; ¿cuál es el puesto del médico sino al lado del enfermo? ¿En dónde está el puesto del pastor sino junto á la oveja perdida? ¿Cuál es la madre que no corre hácia el precipicio en que cae su hijo? ¿Y vosotros encontráis censuras que fulminar contra el Dios Salvador!... (4). ¿Qué habláis hombres vanos y superficiales, qué habláis de Zacheas como de un grande pecador y de un pecador público?... Lo fué, os dice San Cirilo, pero ya no lo es: Jesucristo ha leído en su corazón, y conoce sus santas disposiciones (5).

Ved, en efecto, cuál es al presente la conducta de Zacheas: apenas Jesucristo tomó asiento en su casa, Zacheas fué á presentarse al Señor, y de pié, delante de Él, firme en su santa resolución, le dijo: «Señor, he com-

(1) Se non invitatum invitat; si enim non vocem invitantis audierat, viderat affectum. (San Ambrosio.)

(2) Sciebat uberem hospitii sui esse fructum. (San Ambrosio.)

(3) Et videntes murmurabant omnes quod ad hominem peccatorem divertisset. (San Lucas, xix, 7.)

(4) Quò medicus, nisi ad egrotum? Quò... pastor, nisi ad ovem perditam? In quod præcipitium post filium non se dat mater? Et arguitur Deus! (San Pedro Crisólogo.)

(5) Vidit hominis animam nitentem ad sanctè vivendum. (San Cirilo.)

prendido perfectamente el objeto de vuestra visita. No me habéis hablado de reparar el mal que he hecho, pero mi corazón ha comprendido al vuestro. No es demasiado la mitad de mis bienes para socorro y alivio de los pobres; se la cedo desde este momento, y á todos los que he causado perjuicio, les restituyo el cuádruplo de lo que han perdido (1).

¡Oh prodigio de la gracia!.. exclama San Juan Crisóstomo: ¡todavía no ha hablado el Salvador, y Zacheas ha obedecido!... (2). No aguarda á que el otro le recuerde la ley de Moisés, que condena al ladrón á devolver el cuádruplo de lo que ha robado. Él mismo es su acusador, él mismo se convierte en juez severo para sí propio (3). Pues bien; como en punto á restitución, lo que no se hace al instante corre riesgo de no hacerse jamás, Zacheas no se limitó á proyectos vanos. No dijo *restituiré*, sino que dijo *restituyo*. No aplaza sus buenas obras sino que dijo: *Doy á los pobres* (4). Las promesas y los proyectos pueden no ser más que signos equívocos de conversión. Una conversión verdadera y sincera no aplaza nada, y no cuenta con un porvenir que no es nuestro. Así es que ninguno de los caracteres que marcan una verdadera conversión faltó en la de Zacheas. Fué humilde, generosa, eficaz y sin restricciones, pronta y sin vacilación ni aplazamiento.

Admiraremos todavía más la conversión de Zacheas si consideramos, humanamente hablando, y hecha abstracción de la gracia, cuán difícil debía ser. Jesucristo había dicho que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los

(1) Stans autem Zaccheus dixit: Ecce dimidium bonorum meorum, de pauperibus, et si quem defraudavi, reddo quadruplum. (San Lucas, xix, 8.)

(2) Audi mirabile! Nondum Christus dixit, et Christo obedit. (San Juan Crisóstomo.)

(3) Non expectat legis censuram ipse sui iudex effectus. (Ibid.)

(4) Nec solum promittebat, sed faciebat. Non dixit: Reddam, dabo; sed, Ecce do, ecce reddo. (Teo, Nlacto.)

cielos (1), reservando así semejantes conversiones á los más grandes prodigios de su gracia (2). Sólo que para no desesperar á nadie, añadió: «Lo que es imposible á los hombres es muy posible para Dios» (3). Y, seguramente, la experiencia nos dice que es una cosa imposible á la moral filosófica y á las doctrinas humanas, sean cuales fueren. Mas hé aquí que Jesucristo vino á desafiar formalmente á todos los charlatanes de moral y de virtud. Él obrará el prodigio que está reservado sólo á Dios. Hé ahí un usurero rico y opulento que voluntariamente se despoja de todos sus bienes, que renuncia al fruto de tan laboriosos fraudes y tan hábiles especulaciones, que mira sus riquezas como una carga inútil y peligrosa, y que cree que en sus intereses está el desembarazarse de ellas para hallarse más expédito en el camino penoso que conduce al cielo, y para entrar más fácilmente por la estrecha puerta de la eterna felicidad (4).

Murmuren cuanto quieran los judíos al ver entrar á Jesucristo en la casa de un pecador público y desacreditado. Ese pecador, dice San Fulgencio, es más justo y más santo que los que le acusan, y no tienen más que una vana máscara de justicia y de santidad (5). Bien pronto verán á ese pecador vender sus suntuosas casas, sus posesiones de recreo y sus fincas rústicas, y destinar su importe á los pobres: le verán dar al mundo un ejem-

(1) Véase en *Cornelio à Lápide* las razones que hay para traducir *camello* por *camelum*, y no por *cable*, como algunos han pretendido.

(2) *Facilius est camelum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum cœlorum.* (*San Mateo*, XIX, 24.)

(3) *Apud homines hoc impossibile est, apud Deum autem omnia possible sunt.* (*Ibid.*, 26.)

(4) *Ecce camelus, depósita gibbi sarcina, per foramen acus transit; hoc est, dives et publicanus, contempto censu fraudem, deposito onere divitiarum, augustam portam intravit, et arctam viam quæ ducit ad cœlum et benedictionem dominicæ susceptionis suscepit.* (*Venerable Beda.*)

(5) *Iste peccator melior est quam illi qui murmurabant et justos se esse simulabant.* (*San Fulgencio.*)

plo sin precedentes, un ejemplo que serán tan incapaces de comprender como de imitar, el ejemplo de la pobreza voluntaria abrazada por amor á Jesucristo. ¡Qué gloria para el Salvador!... ¡qué confusión para sus adversarios!... ¡qué prueba tan brillante de su divinidad!... Si, únicamente un Dios, por el solo atractivo de su gracia y sin hablar, puede obrar tan grandes y tan repentinas transformaciones. Tal deberá ser el grito unánime de cuantos oigan referir está conversión admirable.

Pero la gracia que ha sabido operar esas maravillas no ha perdido nada de su fuerza. Puede, hasta lo infinito, mediante nuestra cooperación, realizar las mismas maravillas. No todos tenemos las riquezas de Zacheas: no podemos desplegar la magnificencia con que debía hacer los honores de su casa, pero hé aquí lo que se halla al alcance de todos. En ese día Zacheas sirvió el Señor los manjares más exquisitos, los que le eran más agradables, y esos todos los podemos ofrecer también á ese mismo Salvador, correspondiendo á su gracia. Zacheas sirvió á Jesús ese alimento misterioso, del cual decía á sus Apóstoles: «Tengo para alimentarme un manjar que no conocéis (1), un manjar cuya suavidad y delicias ignoráis. Ese manjar es el hacer la voluntad del que me ha enviado, el realizar su obra, la santificación de las almas (2).» Ese festin espiritual, ese banquete celeste, único agradable á Jesucristo, único digno de un huésped que es Dios, le sirvió Zacheas al Señor con magnificencia y profusión. Le hizo saborear todas las virtudes de un alma sinceramente convertida: la vivacidad de la fe, la prontitud de la obediencia, la humildad del ruego ó de la oración, el valor de las renunciaciones, la victoria obtenida sobre

(1) *Ego cibum habeo manducare quem vos nescitis.* (*San Juan*, IV, 32.)

(2) *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus.* (*San Juan*, IV, 34.)

los respetos humanos, los santos ardores y las larguezas de la caridad (1).

Esas son las magnificencias que Jesús ama, las que conviene á la majestad del Rey de los cielos. No es, pues, sorprendente que Jesucristo tan bien recibido, tan magníficamente tratado, abriese en fin sus divinos labios para conceder un justo elogio á su huésped. Apenas había expresado Zacheas la generosa resolución de reparar sus faltas, cuando el Salvador, elevando su voz, y con el tono más afectuoso: «Hoy, dijo, la salvación de esta casa se halla asegurada, y el dueño de ella es también un hijo de Abraham. Yo he venido aquí, porque mi misión es buscar y salvar á todo el que se encuentra extraviado y perdido» (2).

¡Hermosas y alentadoras palabras!... Por ellas sabemos que en donde quiera que entra el Salvador, le acompaña la salvación y entra con Él (3). Y observad, dice un comentador, que Jesucristo no dijo solamente: «Hoy la salvación de Zacheas está asegurada;» sino «la salvación está asegurada á toda esta casa;» porque el ejemplo de Zacheas produjo la conversión de toda la familia, y todos aseguraron su salvación por su fe sincera (4).

Jesucristo añadió que Zacheas era también un verdadero hijo de Abraham (5). Porque Zacheas era gentil, y, por consiguiente, extraño á la raza de Abraham; pero no era heredero de la sangre de Abraham, sino de su fe, de

(1) Venit ad Zacchæum hospitem spirituales epulas præparantem. Advenienti domino munus gratissimum offert, dona misericordiæ exhibet. (*San Fulgencio.*)

(2) Hodie salus huic domui facta est; eo quod et ipse sit filius Abraham. Venit enim filius hominis quærere et salvum facere quod perierat. (*San Lucas, XIX, 9, 10.*)

(3) Ubicumque Christus ingreditur, ibi salus præsto est. (*Tit. Bostr.*)

(4) Quia, Zacchæo converso, omnes ejus domestici, heri exemplo, in Christum crediderunt et salvi facti sunt. (*Cornelio à Lapide.*)

(5) Eo quod et ipse filius sit Abraham. (*San Lucas, XIX, 9.*)

su abnegación y de su mérito (1). En efecto, como Jesucristo había dicho de Abraham, que deseó ver el día de su venida, y que habiendo visto ese misterio en espíritu, llegó al colmo de la alegría (2), se ha dicho también de Zacheas que deseó ver al Señor, y que habiéndole visto, le recibió con grande júbilo en su casa (3). Luego siempre es el ardor del deseo el que favorece y provee á los milagros de la gracia. A cada alma fiel Dios puede dirigir, y dirige efectivamente, el elogio que por su ángel dirigía á Daniel: «Vos sois un hombre de deseos (4).» Abraham, por la fe, dió al mismo Dios una hospitalidad religiosa en la persona de los tres ángeles. Zacheas dió también hospitalidad á Dios en la persona de su Hijo; pero fué tanto más favorecido, cuanto la realidad es más superior á la figura. Nosotros, á nuestra vez, podemos aspirar á un favor más grande todavía: no sólo en nuestras casas, sino dentro de nuestros pechos, podemos alojar al huésped de los cielos. ¿Por qué, pues, hemos de rehusar el rivalizar con Zacheas en los actos de afecto y de abnegación? Abraham había ofrecido á Dios su hijo único, esperanza de la perpetuidad de su raza; Zacheas ofreció á Dios todos sus bienes, cuya posesión ocupaba hasta entonces tan grande lugar en su corazón. Para el que conozca la profundidad de la pasión de la avaricia, no parecerá tan extraño que el sacrificio de los bienes sea puesto en paralelo hasta con el sacrificio de los hijos. Así, San Juan Crisóstomo, al hacer el paralelo de Abraham y de Zacheas, pone de este modo en la balanza sus méritos: «Abraham sacrifica á Dios su hijo; Zacheas sus bienes: Abraham su único heredero; Zacheas toda su

(1) Filius Abrahamæ fide, non genere, merito, non sobole, devotione, non stirpe. (*San Fulgencio.*)

(2) Voluit videre diem meum. Vidit, et gavisus est. (*San Juan, VIII, 56.*)

(3) Cupiebat videre Jesum... excepit illum gaudens. (*San Lucas, XIX, 6.*)

(4) Vir desideriorum es tu. (*Dan., IX, 23.*)

herencia (1). ¡Oh! ¿cuándo podremos nosotros sacrificar á Dios la pasión dominante de nuestro corazón?... Tal es el sacrificio á que todos están convidados, judíos ó gentiles, griegos ó bárbaros, ricos ó pobres.

¡Qué motivo de consuelo para todos nosotros!... La fe de Zacheas, dice San Fulgencio, ha hecho caer el muro funesto que separaba á los gentiles y los excluía de la participación en las promesas y en las bendiciones de Abraham. El acceso está abierto á todos, merced al ejemplo de Zacheas (2). Los gentiles, que eran extraños, son admitidos por su fe á formar parte de la familia de Abraham, mientras que los judíos, hijos de Abraham, según la carne, son excluidos de ella por causa de su perfidia (3). Todos tenemos en Zacheas un hermano que es suficiente imitar para pertenecer á la filiación de Abraham (4). Hagamos lo que él hizo para obtener lo que había merecido (5). Imitemos la humilde fe, el generoso desprendimiento, la ardiente caridad, la docilidad perfecta, por las cuales llegó á ser Abraham el padre de los creyentes y Zacheas uno de sus más ilustres hijos, y así llegaremos á ser todos hijos de Abraham y herederos de sus bendiciones (6).

Así nada de restricción en los efectos de la gracia que justifica. No tan sólo las almas que siempre han perseverado en la inocencia y la justicia, sino hasta los pecadores de toda especie, pueden, por medio de la penitencia, ocupar un lugar entre los herederos de las promesas (7).

(1) Abraham Domino filium, Zacchæus substantiam obtulit. Ille hæredem, hic hæreditatem donavit. (*San Juan Crisóstomo, Hom. de Zacheas.*)

(2) Zacchæi exemplo cunctis aditus aperitur. (*San Fulgencio.*)

(3) Extranei admittuntur per fidem; propii perfidia repelluntur. (*Ibid.*)

(4) Imitare fratrem, si vis ad patrem pervenire. (*San Fulgencio.*)

(5) Fac quod Zacchæus fecit, ut possis obtinere quod meruit. (*Ibid.*)

(6) Fides Zacchæum filium fecit, quia Abraham patrem constituit. (*Ibid.*)

(7) Et non solum qui juste vixerunt, sed et eos qui ab injustitia respiciunt ad filios promissionis pertinere declaret. (*Venerable Beda.*)

Según el contexto del Evangelio, Jesucristo no debió pasar más que algunas horas en casa de Zacheas. ¿Cómo conciliar eso con las tiernas palabras de Nuestro Señor, «Hoy permaneceré en vuestra casa,» lo que parecería indicar, por lo menos, la mansión de todo un día? Esa dificultad no lo es, dice San Agustín: Jesucristo, en efecto, no hablaba tanto de la casa material de Zacheas, como de la casa espiritual de su alma. Quería hablar, no de permanecer corporalmente en su casa, sino de permanecer en su corazón por la gracia: y hé ahí por qué empleó una palabra que naturalmente expresa una permanencia prolongada: permanecer, *manere*. Aludía á esas otras palabras deliciosas proferidas por sus divinos labios: «Si alguno me ama, será amado de mi Padre, nos acercaremos á Él, y estableceremos nuestra morada en Él» (1). Es indudable que desde el día de su conversión, Zacheas no dejó de amar al Señor. Hecha la partición de sus bienes como había prometido, siguió al Salvador, y fué uno de los setenta y dos discípulos. Después de Pentecostés, como atestigua San Clemente, discípulo de San Pedro, Zacheas se adhirió al Príncipe de los Apóstoles, que le hizo el primer Obispo de Cesárea en Palestina, en donde Zacheas murió santamente, después de trabajar mucho y del más fecundo apostolado.

Zacheas permaneció siempre fiel al amor de Jesucristo, y Jesús habitó siempre en su alma. Así se cumplió literalmente la energía de esta palabra: *permaneceré*, es decir, me estableceré para siempre en vuestra casa.

Pues bien; de la misma manera quiere el Señor venir á nosotros: y á todos nosotros dirigió también Jesucristo estas amables palabras: «Apresuraos á bajar, porque es preciso que hoy me establezca en vuestra casa.» Lo cual

(1) Si quis diligit me, diligetur à Patre meo; et veniemus ad eum et mansionem apud eum faciemus. (*San Juan, XIV, 23.*)

equivale á decirnos: «Apresuraos á dejar las alturas en donde se va la cabeza y os halláis expuestos á dar peligrosas caídas: sí, las alturas de vuestro orgullo, de la falsa ciencia, del mundo, de sus máximas, de sus preocupaciones. Apresuraos á descender á las regiones bajas de la humildad, de la penitencia, de la pobreza cristiana. Solamente allí se encuentra la gracia. *Festinans descende*. ¿Lo oís? apresuraos: *Festinans*. Es necesario responder hoy mismo á la invitación celestial. Hoy mismo, ahora, quiere Jesucristo inaugurar su entrada en su corazón, como ha querido que le sea consagrado este oratorio. No lo aplacéis para mañana, para el mes próximo, para el año inmediato. El Dios que ha prometido el perdón al arrepentimiento, no ha prometido el día de mañana, ni menos una larga vida á los contemporizadores y á los obstinados.

Sí; es necesario que hoy mismo Jesucristo tome posesión de la morada, del templo de vuestro corazón: es necesario, *oportet*. Sí; es preciso, porque es una necesidad imperiosa para su corazón amante el haceros sentir cuanto antes los efectos de su misericordia, y esparcir en vuestra alma los tesoros de su gracia. Es preciso, *oportet*, porque es una necesidad no menos imperiosa para vuestra indigencia y vuestra debilidad, el recibir el sostén y apoyo que las falta. Sin que Jesucristo resida en vosotros, no hay luz en vuestra inteligencia, no hay constancia en vuestra voluntad, no hay paz ni calma en vuestra alma desolada. Creada para Dios, vuestra alma no podría ser dichosa sino á condición de estar en Él y con Él, sino á condición de que esté en ella y con ella. Es necesario, *oportet*, porque ¡desgraciada mil veces el alma de que está Dios alejado!... Nada más espantoso, nada más desconsolador que ese vacío, esa soledad, esa viudez del alma privada de su Dios durante la vida y después de la muerte.

Apresurémonos, pues, á imitar á Zacheas en la prontitud y en los efectos perseverantes de su conversión. Comencemos como él por desear sinceramente el ver al Señor. ¿De qué servirán tantas oraciones inútiles en que pedimos que Jesucristo venga á nosotros, si nada tememos tanto para nuestro corazón como su venida y su toma de posesión? En seguida subamos como Zacheas sobre el misterioso sicomoro, es decir, vamos sin respeto humano á la iglesia, adhirámonos á nuestro Salvador y á su Cruz: sobrepongámonos con toda la elevación de miras del cristiano á toda consideración humana, á todo interés terrestre. Como Zacheas también, arreglémoslo todo para que nuestra habitación sea digna del que debe entrar en ella; es decir, desembaracemos nuestro corazón de todos los ídolos de la avaricia, de la ambición, del deleite. Barramos todas las inmundicias de este corazón miserable, como hacía el Profeta, por el examen diligente de nuestra vida pasada y por la confesión de nuestras faltas: *Scopebam spiritum meum* (1). Es necesario también que esa mansión sea purificada, que sea lavada por las lágrimas de la penitencia, que sea perfumada con el incienso de la oración, que se vea reinar en ella el hermoso orden de la justicia y brillar el oro puro de la caridad. Como Jesús es la flor nazarena, ama lo que se la asemeja, ama las flores que no se marchitarán jamás. Hagámosle encontrar á nuestra llegada la violeta de la humildad, el lirio de la pureza sin mancha, y las rosas del celeste amor. Felices si preparamos de este modo al huésped de nuestro corazón la habitación en donde quiere ser recibido; entrará en ella con su paz divina. Y la Iglesia de la tierra y la Iglesia del cielo, y nuestras familias y nuestros verdaderos amigos, aplaudirán la resolución que hayamos tomado, y todos los siervos de Dios no tendrán

(1) Salmo LXXVI, 7.

más que una voz para felicitarnos de que haya llegado para nuestra alma la hora de la salvación: *Hodiè salus domui huic facta est.*

Pero pensadlo bien: no se trata de recibir como de paso al Salvador. Quiere ser recibido para permanecer, para hacer su residencia habitual: *Oportet me manere.* No se trata, pues, de recibir á Jesús solamente entre los días de la infancia y de la adolescencia, de recibirle solamente mientras estamos en el colegio, de recibirle solamente en los años en que el corazón, libre de compromisos, no está todavía preocupado con las cargas y los cuidados de la familia, para expulsarle en seguida de nuestras almas y de nuestra memoria, en cuanto hayamos entrado en el mundo; ó si sufrimos ya todo el peso de la vida, acogerle solamente en las épocas solemnes en que los remordimientos y enternecedores ejemplos nos recuerdan el volver á Él. Se trata de recibirle en nosotros para siempre. No olvidemos lo que dijo el discípulo amado: «El que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios permanece en él (1). ¡Dichosos si en la hora de nuestra muerte nos encontramos en esa apetecida sociedad, en esa inefable unión de Dios en nosotros y de nosotros en Dios!... Entonces Jesucristo nos recompensará el haberle acogido acá abajo en la casa de nuestro corazón, y nos recibirá en esa casa del cielo, en donde nos ha dicho que hay muchas y diversas mansiones, según los grados de virtud (2). Entonces estaremos con Él por toda la eternidad. Así sea.

(1) Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo. (*San Juan*, vi, 10.)

(2) In domo Patris mei, mansiones multe sunt. (*Ibid.*, xiv, 2.)

HOMILÍA

SOBRE

LA PARÁBOLA DEL RICO AVARIENTO (1).

Dicite justo quoniam benè. Væ impio in malum! Retributio enim manuum ejus fiet ei. (Isaias, III, 11.)

Diréis al justo que para él todo está bien: diréis al impío que para él todo está mal; porque recibirá de mí el premio de sus obras.

Nada escandaliza tanto á la mayoría de los hombres como el ver con frecuencia prosperar al crimen en este mundo, y gozar de todas las dulzuras de la vida, mientras la virtud yace sumida en la desgracia, arrastrando su triste existencia entre las penalidades y las angustias de la muerte.

Para prevenir el escándalo de la razón del hombre y de la fe del cristiano, Dios dijo un día al profeta Isaias: «Ve á buscar al justo y al impío, encontrarás al justo con la frente abatida, los ojos llenos de lágrimas, el rostro pálido, el aspecto melancólico, sin más compañía que la miseria, la humillación y el dolor. Sin embargo, te ordeno te regocijes con él, y que le digas de mi parte que es feliz: *Dicite justo quoniam benè.* Por el contrario, encontrarás al impío entre las riquezas, los honores y los placeres,

(1) Predicado en una asamblea de caridad.